

El factor Borges

Alan Pauls

Fragmento

Prólogo

Pese a lo que promete su título, este libro no es una novela de secretos y espías. Es un ensayo de lectura: un manual de instrucciones para orientarse (o extraviarse sin culpas) en una literatura. Y, sin embargo, en el fondo de esa práctica sigilosa que llamamos leer, ¿no hay acaso la ilusión, el vicioso designio de entablar con un libro, una obra o un autor esa relación de aventura y suspenso —hecha de incursiones nocturnas, cerrojos burlados y claves robadas— que conocemos de lejos bajo el nombre de espionaje? Hace mucho que las páginas de los libros dejaron de ofrecérsenos pegadas; anacrónicos —difícil imaginar un objeto más pasado de moda—, los cortapapeles sobreviven a duras penas como *souvenirs* de comarcas turísticas fraudulentas. Pero ¿leer no es, no sigue siendo siempre desgarrar, entrometerse, irrumpir en un orden sereno, satisfecho de sí, devoto del silencio, las puertas entornadas y las persianas bajas? ¿Y no es cierto acaso que el apellido Borges, además de designar al escritor más unánime de la historia de la literatura argentina, también identificó durante décadas una marca de cajas de seguridad, famosa por su eficacia a la hora de atesorar?

Buscar en Jorge Luis Borges el *factor Borges*, la propiedad, la huella digital, esa molécula que hace que Borges sea Borges y que, liberada gracias a la lectura, la traducción, las múltiples formas de resonancia que desde hace más o menos cuarenta años vienen encarnizándose con él y con su obra, hace también que el mundo sea cada día un poco más borgeano: ése fue el propósito original de este libro. ¿Había alguna posibilidad de *no* fracasar?

Es evidente que no hay *un* elemento Borges sino muchos y que todos son fatalmente históricos, acotados como están por la ceguera de los horizontes de ideas y valores que fueron estableciéndolos. Aun así, este libro decidió tomarse a pecho su destino fallido y salió tras la pista de algunas de esas marcas distintivas, buscándolas no sólo en la letra de los textos de Borges, donde aconsejan exhumarlas las lecturas «serias», sino también en su voz, su cuerpo y sus «maneras», y en esa especie de dimensión paralela, a la vez íntima y exhibicionista, privada y teatral (entrevistas periodísticas y tarjetas postales, conferencias y cartas, registros radiofónicos y oscuros folletos publicitarios), donde se movía a sus anchas no exactamente el sujeto Borges sino lo que podríamos llamar su *figura*: el Borges *on stage*, en quien convergen y se funden un ADN literario inconfundible, una o muchas biografías y un sofisticado dispositivo de puesta en escena; sin ir más lejos, el Borges que exasperaba a progresistas a fuerza de anacronismos indignos, el que defraudaba a

intelectuales entregándose a los rituales de la comunicación de masas, el que hechizaba a públicos que jamás lo habían leído con el mero influjo de su imagen de prócer cultural.

Este libro va y viene entre esas dos dimensiones, explorando la zona inestable donde los secretos de la intimidad se dejan contagiar por las evidencias de lo público y la espuma frívola del mundo social por la letra autosuficiente de la literatura. Tal vez ahí empiecen a aparecer los verdaderos Borges inesperados, capaces de poner a distancia, ironizar o aun refutar buena parte de los estereotipos con los que estamos acostumbrados a confundirlo. Tal vez así, de golpe, el tímido y desinteresado ratón de biblioteca se transforme en un estratega tortuoso; el anglófilo deje su torre de marfil y baje a entintarse los dedos a la arena caliente del periodismo; el escritor para *élites* abrace la cultura bastarda de la divulgación; y el centinela de la originalidad, sin el menor asomo de rubor, confiese ser ni más ni menos que un consumado artista del robo. Y tal vez así leer vuelva a tener el vértigo de la infracción.